SEGUNDA PARTE

DE LOS

PENSAMIENTOS MORALES

DE PLUTARCO:

TRADUCIDOS DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO UNDECIMO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de Aznar.

AÑO M.DCCC.III.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

PENSAMIENTOS MORALES
DE PLUTARCO.

I.

El que siente no ser á un tiempo el Leon vigoroso, que lleno de confianza en su fuerza, vive en la soledad de las montañas, y el Perro afortunado que se duerme en la falda de una viuda rica, es un necio.

II.

La naturaleza ha preparado alimentos diferentes, á los diferentes animales. No ha querido

que todos se alimenten de carnes, de granos ó de raíces. Ella ha separado tambien los diferentes modos de vivir: á cada uno toca el elegir aquel que le conviene, exercitarse en el género de vida que ha escogido, y dexar quietos á los otros. Pero no: ellos quieren que Hesiodo no haya dicho bastante quando dixo, que el Alfaharero envidia al Alfaharero, y el forgerón al forgerón. No son solo los hombres que han abrazado el mismo género de vida, y que siguen la misma carrera los que se tienen envidia, sino que los ricos envidian á los sabios, los hombres célebres á los ricos, y los hombres eloqüentes á los filósofos: tambien se ven hombres libres y de gran consideracion en su país,

tener envidia á los Comediantes, á los Baylarines y á los criados de Corte.

III.

Los insensatos descuidan y desprecian los bienes que gozan: todos sus pensamientos se dirigen á lo futuro: los sabios hacen presentes con sus recuerdos los bienes que gozaron; y hasta despues de haberlos perdido, gozan todavía de ellos.

IV.

Quando vinieron á anunciar á Anaxâgoras la pérdida de su hijo: "Ya sabía, dixo, que era "mortal." No basta admirar este dicho, sino aplicarselo á sí mismo, y decir en cada suceso

desgraciado que se experimente: " Bien sabía que la riqueza es » pasagera, y que nada tenia de » sólido: yo sabía que podia ser » despojado de la magistratura » por aquellos mismos que me » habian revestido de ella: sabía » que tenia una muger honesta, » pero que al fin era una muger; » y sabía que mi amigo no era » sino un hombre, y segun Pla- » tón, un animal sujeto á mu- » darse." En preparándonos así para los sucesos, si nos ocurren algunos que no quisieramos experimentar, y que teniamos previsto podian sucedernos algun dia, no dirémos: " Jamás lo habria » creido: yo tenia las mas funda- » das esperanzas; ved aquí aque- » llos golpes que estaba bien dis- » tante de esperar."

V.

Carneado decia, que si las desgracias nos afligen y aterran, es porque no hemos tenido la prúdencia de preveerlas.

VI.

El Reyno de Macedonia es una bien débil parte del Imperio Romano; sin embargo, quando Perséo fué despojado de él, gimió, acusó á su destíno, y no se halló uno que no le miráse como el mas desgraciado de los hombres; pero su vencedor Paulo Emilio, abandonando á su succesor el mando de mar y tierra, ciñó sus sienes con una corona; ofreció un sacrificio solem-

ne, y todo el mundo celebró su felicidad: era con razon. Paulo Emilio, recibiendo el mayor poder, sabía que se vería obligado á hacer dexacion de él: Perséo no esperaba perder el suyo.

VII.

A los acaecimientos dolorosos por su naturaleza, como las enfermedades, las fatigas, la pérdida de los amigos y de los hijos, pueden oponerse estas palabras de Eurípides: "¡Hay! ¿pe-
» ro por qué me quejo? los ma-
» les que sufro están atados á los
» mortales."

VIII.

La naturaleza puede enviarnos enfermedades, arrebatarnos

las riquezas, hacernos odiosos al pueblo ó al Príncipe; pero no está en su poder el hacer cobarde, báxo, ni envidioso á un hombre valeroso, honesto y magnánimo.

IX.

Aquel que conoce la naturaleza del alma, hasta donde nos es permitido el conocerla; que cree que despues de esta vida será mas dichosa, ó que á lo menos no será mas desgraciada, tiene un gran medio de conservar su tranquilidad de espíritu, porque no teme la muerte.

X.

El alma que se representa á ella misma lo que es la enferme-

dad, la pena, el destierro, que reune sus fuerzas contra estos males tan temibles, hallará que hay mucho error, mucho vacío, y muchas viejas preocupaciones en lo que los manifiesta tan terribles. Muchas gentes tiemblan al oír este dicho de Menandro: "Yo » no puedo decir mientras viva, » ved ahí males que yo no expe» rimentaré." Ellas ignoran quantas penas podemos ahorrarnos meditando sobre la fortuna, atreviéndonos á mirarla con fiereza, no entregándonos á imaginaciones que nos ablanden, no quedándonos á la sombra en un báxo reposo, no dexándonos arrastrar de vanas esperanzas, y no acostumbrándonos á no resistir á nada.

XI.

Todo hombre puede repetir, sin duda, con Menandro: "Yo „no puedo decir mientras viva, „ved ahí males que jamás ex- „perimentaré." Pero puede añadirse: "Mientras viva, puedo „decir: la impostura no man- „chará mi boca; jamás usaré el „fraude; jamás privaré á nadie „de un bien que le pertenezca, „y jamás mortal alguno será „víctima de mis enredos." Véase lo que está en nuestra mano, y esto no es poca cosa; es lo bastante para asegurar nuestra tranquilidad. Pero quando se tiene la desgracia de decirse á sí mismo: "Tengo evidencia de „haber hecho mal;" es una úl-

cera roedora, que se nutre de nuestras carnes; jamás el remordimiento nos abandona; él devorá nuestra alma, la ensangrienta y la despedaza.

XII.

La tierra produce las plantas silvestres que no dan fruto, y perjudican al sustento y desenrollo de las cultivadas; pero le hacen conocer al Labrador, que el terreno es craso y fertil. Lo mismo pasa con ciertas pasiones, que deben condenarse; éstas son como ciertos desperdicios de un buen natural, que la razon puede cambiar en bien. Pongo en este número la timidéz. Esta no es señal de un mal natural, pero causa freqüentemente males; á

menudo arrastra á aquellos que domina á cometer las mismas faltas que pueden cometer los insolentes.

XIII.

No sabrá el sabio emplear demasiado manéjo para extirpar este vicio, que no se encuentra sino en las almas dulces y delicadas, porque teme extirpar el pudór al propio tiempo.

XIV.

La timidéz puede compararse á aquellas plazas de facil presa y mal fortificadas, que no pueden oponer defensa á los enemigos: las mas viciosas pasiones penetrarán en ella facilmente.

XV.

Es una mala custodia de la conducta de un jóven, la timidéz. Bruto tenia razon para decir, que la virtud se halla en gran peligro en aquel que no sabe rehusar nada. La timidéz es un mal garante del respeto que se debe al tálamo nupcial. Por ella se presta á gentes, de las quales no se tiene confianza; y se dá caucion á otros, de quienes no se querria responder. Bien se conoce toda la verdad de esta máxîma. "Date por caucion: „ el arrepentimiento está bien cer„ ca." Mas no se osa el ponerla en práctica. Ha habido hombres que han previsto que serian degollados, envenenados, y una

mala vergüenza no les ha permitido el guardarse.

Esto hizo perecer á Dión. Éste sabía que Calípo conspiraba contra su vida, y tuvo vergüenza de guardarse de este malvado, que era su huesped y su amigo. Antípater, hijo de Casandro, dió una comida á Demetrio: convidado para el dia siguiente á su vez, no se atrevió á mostrar menos confianza que la que él habia obtenido, y fué muerto despues del festín. Polisperchón habia prometido á Casandro, mediante una recompensa de cien talentos, el deshacerle de Hércules, que Alexandro el Grande habia tenido de Barsina: le convidó á comer: este convite era sospechoso al jóven Príncipe, y se excusó con que

estaba indispuesto; pero Polispherchón fué á verle, y le dixo: " Muchacho, imita la complacencia y familiaridad de tu padre con sus amigos, á menos que nos creas capaces de conspirar contra tu vida." El débil Hércules no tuvo valor para defenderse, y fué degollado en la mesa.

XVI.

Es menester exercitarse en cosas de poca importancia, y en ocasiones fáciles á sacudir la vergüenza perjudicial. Tú has bebido bastante, y continúan brindandote; no te hagas violencia á tí mismo por debilidad, y dexa la copa. Si en el exceso de una comida te proponen una partida de dados, no te detengas en ex-

cusarte, y no temas las vanas bufonadas. Imita á Xenofano. Laso le trataba de cobarde, porque no queria jugar á los dados con él: "Bien cobarde soy: convengo en ello, respondió Xenofano, quando se trata de acciones poco decentes." Si encuentras á un charlatán que se apodera de tí, líbrate de sus importunidades, y continúa en tus negocios.

XVII.

Los Atenienses se apresuraban para socorrer á Harpalo, y se armaban contra Alexandro: de repente apareció en medio de la asamblea Filoxeno, que mandaba las tropas de mar y tierra de este Príncipe. El pueblo, embargado de temor, mantuvo el mas

profundo silencio. " ¿Qué haréis,
" pues, dixo Demostenes, á la
" claridad del Sol, si no podeis
" sostener la escasa luz de una
" lámpara?" Del mismo modo
puede decirtese: " ¿Qué harás
" tú, pues, en los negocios im-
" portantes, quando sea necesa-
" rio sostener el aspecto de un
" Monarca, ó despreciar las des-
" confianzas de un pueblo, si no
" puedes rehusar una copa de la
" mano de un hombre que te con-
" vida á beber, ni substraerte de
" las importunidades de un ha-
" blador?"

XVIII.

Tampoco es inútil al hombre timido el acostumbrarse, en las cosas pequeñas, á no prodigar alabanzas que no sean mere-

cidas. Un Cantor, al sueldo de un amigo tuyo, canta mal en una comida: un Comediante, que le ha costado bien caro, estropea versos de Menandro: todo el mundo aplaude, y todo el mundo está admirado: ¿te será muy dificil el callar, y no alabar baxamente lo que desapruebas en tu corazon? Si no sabes ganar sobre tí mismo esta victoria, ¿qué harás quando este amigo te consulte sobre un poéma á su modo, y quando te haga leer un discurso que acabe de componer? ¿Te harás ridículo, ó representarás el papel de un necio, dando elogios á sus tristes producciones? Vas á gritar con la baxa tropa de aduladores, que es grande la belleza de sus obras? ¿Cómo podrás reprehenderle lue-

go que cometa graves faltas en los negocios de estado ; quando no sepa conducirse en la magistratura ; quando arruine los intereses de su casa , y quando se manifieste inexperto para economizar los de la república ?

XIX.

Diógenes daba vueltas al rededor de las estatuas en el Ceramico , y las pedia limosna. Algunas personas le manifestaron su admiracion. " Yo me acostumbro „ así , las dixo , á experimentar „ negativas." Es menester exercitarnos , desde luego , en cosas de poco momento, y en rehusar cosas poco convenientes , si queremos ponernos en estado de resistir las solicitaciones mas importantes.

XX.

No solo en los intereses pecuniarios se conduce mal la timidéz, sino que freqüentemente no se atreve en los mas serios negocios á seguir el partido que aconseja la razon. Estamos malos, y no llamamos á un Médico hábil, por temor de no disgustar á otro que es conocido. En vez de poner á nuestros hijos con buenos Preceptores, les damos aquellos que nos importunan, ofreciéndonos sus servicios. Tenemos un proceso, y debiamos tomar un Abogado sabio, versado en la práctica de Tribunales; y abandonamos nuestra causa al hijo de un pariente, ó de alguno que nos es familiar.

En fin, hombres se ven tambien que se dan á amar la filosofía, y se hacen Epicuristas ó Estoicos, no por eleccion, sino por una mala vergüenza, y porque sus amigos los empeñan en la una ó la otra de estas sectas.

XXI.

Prepárate, pues, en circunstancias que se renueven todos los dias, para manifestar valor en las que aún están distantes. Ten bastante fuerza para escoger á tu gusto un Barbero ó un Pintor; y mientras está en tu mano el entrar en una buena Hostería, no entres en una mala, porque el dueño de ella ha tenido freqüentemente la destreza de saludarte quando has pasado por delante de su Bodegón.

XXII.

Se ven muchas gentes que por la falsa vergüenza de negar una peticion indiscreta, se exponen á un justo bochorno, y á reconvenciones bien fundadas. Ellas temen una ligera queja, y aguantan, por culpa suya, quejas graves demasiado merecidas. No tienen dinero, y sin embargo no se atreven á negar á un amigo el prestárselo: Bien presto despues, quando se trata de cumplir la palabra, se hallan convencidos de que sus ofertas fueron falsas. Otro promete á alguno el defender su causa; pero no sabe resistirse á la parte contraria; se dexa ganar de ella, y se oculta por no cumplir el

primer empéño que tomó. Otro, por no saber negar nada, promete su hija ó su hermana en casamiento al hombre que jamás querria ver esposo de ellas, y despues se vé obligado á manifestar su mala fé.

XXIII.

Uno decia chanceando, que todos los habitadores del Asia se encontraban báxo el yugo de un solo hombre, por no saber pronunciar una sola sílaba, *no*. Pero sucede con freqüencia, que los hombres débiles, para salir del paso, no tienen tampoco una sílaba que pronunciar; bastariales el arrugar, ó levantar las cejas para desembarazarse de una peticion que no deben, ni quie-

ren conceder; y ni aun este valor tienen.

XXIV.

Puede decirse de las gentes débiles, que saben de antemano el mal que van á hacer; pero que no tienen bastante firmeza para evitarlo. Ellos no ignoran la falta que van á cometer quando se disponen á recomendar gentes indignas de recomendacion, á dar un testimonio falso, á pronunciar una sentencia iniqua, á dar su voto contra su conciencia, y á prestar dinero que jamás volverán á ver. No solo despues de la accion experimentan el arrepentimiento, sino aun antes de executarla.

XXV.

Es menester conceder con zelo, á los que nos necesitan, los pequeños beneficios que están en nuestra mano, y que no es mal visto el dispensar; pero quando se trate de beneficios que nos sean perjudiciales, ó que sean contrarios á la hombría de bien, es necesario tener presente en la memoria un bellísimo dicho de Zenón. Éste encontró, extramuros del pueblo, á un mozo que conocia, y supo que huía de un amigo suyo, que le exîgia un testimonio falso. "¡Qué! le di-
» xo Zenón, ¿ese hombre no te
» ha temido, no se ha avergon-
» zado en tu presencia, tenien-
» do la iniquidad en el corazon;

„ y tú, por una cosa justa, no
„ te atreves á sostener su pre-
„ sencia?"

XXVI.

A veces no se necesita mas para desembarazarse de un importuno, sino una bufonada. Dos hombres en el baño querian pedir prestado el zepillo ó escobilla de Teócrito: el uno le era desconocido, y conocia al otro por un bellaco, y á los dos se lo negó bufoneándose. "Yo no te
„ conozco, dixo al primero; yo
„ te conozco demasiado, dixo al
„ segundo."

XXVII.

El padre de Agecilas le pidió diese un voto contrario á las leyes. "Yo aprendí de tí,

„ padre mio, á obedecer á las „ leyes: yo quiero obedecerte „ á tí mismo, sometiendome á „ ellas."

XXVIII.

Esas gentes que se vuelven hácia donde se quiere con una lisonja, se parecen, como decia Bión, á aquellos vasos que se llevan á donde se quiere, agarrandolos por las dos orejas.

XXIX.

El sofista Alexîno dixo un dia en el paséo mucho mal de Stilpón de Megara. Alguno que se hallaba allí, le dixo: "Pues „ el otro dia Stilpón decia mu„ cho bien de tí." "¡Oh! repu„ so él, Stilpón es un hombre „ excelente y muy honrado."

XXX.

Menedemo, al contrario, diciéndole que Alexîno hablaba bien de él con freqüencia: "Pues „ yo, respondió, digo siempre mal „ de Alexîno." Es envilecerse el decir bien de un hombre despreciable; y es un oprobrio el ser censurado de un hombre de bien.

XXXI.

Aristarco decia: "En otro „ tiempo costaba trabajo el en„contrar siete sabios; y ahora „ es dificil hallar siete hombres „ que no pretendan serlo."

XXXII.

Esos hombres de tres cuerpos y de cien manos, de quienes hablan las fábulas, no podian desatarse para prestarse mutuos servicios; pero los hermanos que conservan la ternura y la harmonía que les ha dado la naturaleza, pueden quedar juntos á su gusto, apartarse los unos de los otros, ayudarse mutuamente en separándose, y todos juntos, y de comun acuerdo, administrar la república, viajar y cuidar de sus tierras. Si, al contrario, se dividen, puede compararseles á las piernas que se embarazarían entre ellas, y harían caer el cuerpo que sostenian, y á los dedos, que se doblarían los unos sobre los otros, y harían inútil la mano.

XXXIII.

Si se pierden los amigos y los compañeros de los placeres, es posible hallar otros; estos son, en algun modo, utensilios, cuya pérdida no es irreparable; pero no puede volverse á encontrar un hermano, así como no puede tenerse una mano que ya sufrió su amputacion, y un ojo que ya se perdió. Tenia razon aquella muger Persa que decia, que mas bien habria consentido en perder sus hijos, que su hermano: "Porque, añadia, yo po-
" dré tener otros hijos, y ha-
" biendo perdido á mis padres,
" ya no puedo esperar otro her-
" mano."

XXXIV.

¿Pero qué hará quien tiene la desgracia de hallarse sin un buen hermano? Que se acuerde de que en parentesco, en amistad, en amor, nada hay perfecto; que sepa, que vale mas aguantar sus males domésticos, que exponerse á sufrir los extraños. Estos son de nuestra eleccion, y aquellos nos los ha impuesto la naturaleza: no puede echarsenos en cara el haberlos buscado, y no es lo mismo con los otros.

XXXV.

No quando se ama, sino antes de amar, es necesario juzgar al amigo; pero en punto á

los que la naturaleza nos prescribe que amemos antes de haber podido conocerles, no debemos, ni ser jueces severos, ni investigadores rigorosos de sus faltas. ¿Qué dirémos de esas gentes, que todo lo disimulan á amigos que adquirieron en la mesa, en el juego, en los lugares de exercicios, y son inexôrables con sus hermanos? ¿de aquellos que mantienen caballos viciosos, perros coléricos, que los aman, y no pueden aguantar la viveza de un hermano, su ignorancia y su ambicion? ¿que regalan tierras y palacios á las cortesanas, y pleytean contra un hermano por un pedazo de tierra, ó por un rincón de casa?

XXXVI.

Los zelos irritan á los ambiciosos contra aquellos que les sobrepujan en gloria. Es, pues, bueno que los hermanos no busquen en la misma carrera su gloria y su adelantamiento. Los animales que se mantienen del mismo género de alimentos, están siempre en guerra, y los atletas son enemigos quando disputan los premios en los mismos generos de combates. Tíndaro tuvo dos hijos: Polux no tenia igual en el Pugilato, ni Castor en la carrera.

XXXVII.

En siguiendo caminos dife-

rentes, no pueden ayudarse los unos á los otros; pero en siguiendo diferentes generos de vida, se evitan los zelos, y pueden prestarse socorros mutuamente.

XXXVIII.

Es menester imitar á los Pitagóricos. Ellos no estaban unidos por los vínculos de la sangre, sino solamente por la conformidad de sus principios Si sucedía el que por un movimiento de cólera se suscitaban querellas entre ellos, se reconciliaban antes de ponerse el Sol, se daban la mano, y se abrazaban los unos y los otros.

XXXIX.

No se ha olvidado el dicho penetrante de Euclides, uno de los discípulos de Sócrates. Su hermano le decia: "Yo quiero
„ morir si no me vengo de tí. Y
„ yo, yo quiero morir, dixo Eu-
„ clides, si no te persuado á que
„ apagues tu cólera, y me ames
„ como antes."

XL.

Lo que deben observar bien los hermanos que juntos tienen algunas diferencias, es freqüentar, sobre todo, sus amigos comunes, evitar sus recíprocos enemigos, y no prestarse á escucharlos. El agua penetra todas las aberturas que encuentra, y

lo mismo sucede con ciertas gentes, las quales se introducen con los amigos separados, para impedir que se reunan.

XLI.

El Gato preguntaba á la Gallina si estaba bien convalecida de su enfermedad. "Yo es„ toy muy buena, le respondió, „ siempre que tú te mantengas „ lejos de mí." Lo mismo podria decirse tambien á hombres que vienen á preguntar á los hermanos cómo están en sus disensiones, que quieren sondar las causas de sus disturbios, y tratan de penetrar el secreto de sus quejas: "Nosotros estamos muy bien „ juntos, siempre que vos no os „ mezcleis en nuestros asuntos."

XLII.

La destemplanza de la lengua ofrece una cura dificil á la filosofía. El filósofo sana con palabras: éstas no obran sino en los que escuchan, y el loquaz no escucha. Éste habla siempre, y su enfermedad consiste en no poder escuchar, ni callar. Es sordo por eleccion: yo creo tambien que él acusa á la naturaleza de haberle prodigado dos orejas, y de no haberle dado sino una lengua.

XLIII.

Podria creerse que en el loquaz, los canales del oído no conducen al asiento del entendimiento, sino á la lengua. Él no pue-

de oír un son, sin repetir mil al instante. Los discursos en los otros se paran y dexan una impresion en el alma; en el loquaz vuelan y se escapan. Éste es un vaso vacío, que suena mucho.

XLIV.

El aváro, el voluptuoso y el ambicioso, tienen á lo menos la ventaja de encontrar lo que desean; esto es lo que no sucede al loquaz. Busca gentes que le escuchen, y no las encuentra, porque todos marchan por no estar junto á él.

XLV.

Un loquaz importunó largo tiempo á Aristóteles; y despues

de haberle hecho largas relaciones, acabó preguntándole si no hallaba digno de admiracion lo que le habia contado: "No, „ respondió el filósofo; pero lo „ que yo encuentro muy asom- „ broso es, que se aguante tu „ conversacion teniendo piernas."

XLVI.

Otro hombre de la misma especie le dixo, despues de haber hablado largo tiempo: "Yo, „ tal vez, te he fatigado con „ mi loquacidad:" = "No, por- „ que no te he escuchado."

XLVII.

El objeto de la palabra es el hacerse creer: á los loquaces

no se les cree, ni aun quando dicen la verdad.

XLVIII.

Un Ateniense daba una comida á Embaxadores de Persia. Estos deseaban encontrarse con filósofos, y aquel se hizo un mérito de convidarlos. Todos se picaron de hablar mucho, y pagar bien su escote: Zenón solo estuvo callando. Los Embaxadores, dirigiéndole un brindis, le preguntaron lo que de él habian de decir al Rey. "Nada, respondió, á no ser que en Atenas se encuentra un viejo que puede callar en un festin."

XLIX.

Los filósofos, en la definicion que dan á la embriaguéz, dicen, que es un charlar vacío de sentido excitado por el vino. No se prohibe el beber, quando se sabe beber y callar. El vino es quien causa el delirio del borracho; pero el loquaz delira sin haber bebido. Éste se halla en todas partes, en la plaza, en el teatro, en el paséo, en el dia y en la noche. Si cuida á un enfermo, le es á éste mas molesto que la enfermedad: á un compañero en la navegacion, le es mas insoportable que el maréo: para aquellos á quienes dirige alabanzas, mas insoportable que otro que les diría injurias. Mas

bien se quiere encontrarse en sociedad con un mal hombre que sabe contenerse, que con un hombre honrado, que no sabe callar.

L.

Lisias compuso un alegato para un hombre que tenia un proceso, y se lo dió. Éste lo leyó muchas veces, y volvió triste á Lisias. "La primera vez, „ le dixo, que leí vuestro dis„ curso, me pareció admirable; „ pero ahora que lo he releído „ bien, me parece que le falta „ fuerza y energía." "Pero, le „ respondió riyendo Lisias, ¿no „ es una sola vez la que debeis „ pronunciarlo ante los Jueces?" Una obra de Lisias, por haber sido leída muchas veces, parecia

débil; y sin embargo, se conoce toda la gracia persuasiva de este orador.

LI.

Hay vicios dañosos; los hay odiosos, y los hay ridículos: el charlatanismo reune todos estos inconvenientes. Diciendo cosas ordinarias, el loquaz es ridículo: diciendo picardias, es odioso; y no sabiendo callar un secreto, se expone á un peligro.

LII.

Los furores del amor han hecho perecer menos hombres, que las Ciudades é Imperios que ha trastornado la indiscrecion. Sila sitiaba á Atenas, pero no podia detenerse mucho tiempo de-

lante de esta plaza. Por un lado Mitridates se habia hecho dueño del Asia ; y del otro, lo era todavía de Roma, Mario. Atenas se habria salvado ; pero unos viejos que entre sí hablaban en una Barbería, dixeron, que un cierto punto de la plaza no estaba defendido, y que era muy de temer que la Ciudad fuese tomada por aquel flanco. Ciertas espías lo escuchaban, y fueron á decirselo á Sila. Este General juntó sus tropas, y á la noche siguiente las introduxo en la plaza. Poco faltó para que Atenas se viese convertida en un campo desierto : quedó cubierta de muertos y de carnicería, y el Ceramico se hizo un rio de sangre.

LIII.

Antígono respondió á su hijo, que le preguntaba quando contaba levantar el campo: "¡Có- „mo! ¿Tienes miedo de ser el „solo que no oyga la trompeta?" De este modo ocultaba su secreto hasta á su heredero, y le enseñaba á no ser menos discreto él mismo en semejantes ocasiones. La misma pregunta hicieron al viejo Metélo: " Si mi tú- „nica supiera mi secreto, la ar- „rojaría al fuego."

LIV.

Quando tú mismo has quebrantado tu secreto, ¿qué derecho tienes para quejarte del que

no lo ha guardado? Si lo que le habias comunicado no debia saberse, hiciste mal en decirlo. Confiar á otro tu secreto, es recurrir á la confianza agena, y acabar de tenerla de tí mismo. Si ese hombre te parece, eres perdído, y lo has merecido: si él sabe respetar mejor* que tú tu secreto, has encontrado un hombre, que ha merecido mejor que tú tu confianza. Es mi amigo, dirás. Pero tambien tendrá él un amigo á quien se lo confiará; éste lo dirá á otro, y muy presto será el secreto de todo el mundo.

L V.

Para contener la ligereza de un navío que empuja el viento,

hay medio; pero no lo hay para suspender la rapidéz de una palabra que se pronuncia. El Senado de Roma tuvo, durante varios dias, una comision secreta: nadie de afuera conocia el negocio, y daba lugar á bastantes congeturas. La esposa de un Senador, muger honrada, pero sin embargo muger, apresuraba y conjuraba á su marido para que la declaráse el misterio. Hizo contra sí misma mil imprecaciones si era capáz de revelarlo, y llora y grita que no se tiene confianza en ella: "Mu-
» ger, has ganado, la dixo el
» Senador; sabe, pues, lo que
» yo debia ocultar, un prodigio
» asombroso. Los Sacerdotes nos
» han anunciado que han visto
» volar una Alondra armada de

„ una lanza, y peynada con un „ casquete de oro: nosotros in- „ quirimos si es un presagio fe- „ líz ó siniestro, y los adivna- „ dores mismos están como no- „ sotros en la mayor perplexi- „ dad; pero, sobre todo, mira „ que lo calles." A estas palabras, salió para ir á la plaza. Entra una criada. La muger, por empeñar la curiosidad de esta muchacha, se golpea el pecho, y se arranca los cabellos. ¡Ó esposo mio! ¡Ó patria mia! ¿En qué vais á parar? La criada pregunta á su ama el motivo de tal desesperacion. Esto era lo que la muger queria: ella se lo cuenta todo, y la recomienda mucho el secreto, que es lo que hacen todos los indiscretos. La criada se despachó á dexarla para ir á con-

tar la cosa á una de sus compañeras, la qual la comunicó prontamente á su amante. El Senador entra en la plaza, y encuentra á un conocido que le dice: "¿Vienes de tu casa?" = Ahora mismo. = "¿Sabes lo que hay?" = No: ¿ha sucedido algo extraordinario? = ¡Qué! ¿no lo sabes? "Han visto volar una
» Alondra peynada con un cas-
» quete de oro, y armada de una
» lanza." = "Yo admiro, dixo
» el Senador, riyendo, la pron-
» titud de mi muger: ella lo ha
» hecho tan bien, que la noti-
» cia que la he dado, ha llega-
» do á la plaza antes que yo."

LVI.

El charlar va acompañado de

otro vicio, que es la curiosidad. Quieren saber muchas cosas, para tener mucho que hablar. Los secretos, sobre todo, son los que los loquaces quieren coger, y trabajan por penetrar.

LVII.

Atenas acababa de perder en Sicilia su flota y armada. Este desastre aun no se sabía. Un Barbero lo supo en Pirea por un criado de un hombre que habia escapado de aquella desgracia. Al instante dexa la tienda, corre al pueblo, y teme no ser el primero que se lleve el honor de haber publicado esta noticia. Llega, habla: el pueblo se turba, se junta, y quiere remontar al origen de estas voces. Lle-

van al Barbero: es preguntado: no puede decir quién es aquel que le dió la noticia: es un incógnito, cuyo nombre ignora. El pueblo se irrita, arroja grandes gritos: " Que arresten á ese mal-
" vado, que lo pongan en qües-
" tion; él es quien ha forjado
" la noticia.. ¿Quién otro ha oído
" hablar de ella?" Traen la rueda, y atan á ella á mi hombre. En el mismo momento llegan fugitivos que confirman lo que acababan de saber. Todos se separan, se dispersan; cada uno no piensa sino en sus males, y todo el mundo olvida al Barbero, que queda agarrotado en la rueda. Muy tarde fué quando pensaron desatarlo. Pero tan incorregible es la costumbre de charlar, que mientras lo desata-

ban, preguntó al criado de la justicia: "¡Eh! ¿saben tambien
" como han hecho perecer al po-
" bre Nicias?"

LVIII.

El mismo temor del suplicio no puede contener la lengua de un hablador. El templo de Minerva, ó templo de bronce en Lacedemonia, fué saqueado, y hallaron en él una botella vacía. Llegan de monton: esta particularidad pareció extraña, y no saben qué pensar. "Si quereis,
" dixo un hombre que se halla-
" ba allí, diré lo que pienso de
" esta botella. Yo pienso que
" los sacrílegos, conociendo todo
" el peligro de la empresa, ha-
" brán comenzado por beber ci-

„ cuta para morir dulcemente, y „ sustraerse de los tormentos, si „ los prendian; y que han traí- „ do vino con ellos para beber- „ le, y disipar la fuerza del ve- „ neno, si escapaban." Hallaron esta explicacion muy complicada, y no pudieron mirarla como una simple congetura. Rodean al hombre, y le preguntan: "¿Quién eres? ¿quién te „ conoce? ¿y de dónde sabes „ eso?" Al fin, el desdichado, reducido á no saber lo que habia de responder, se vió obligado á confesar, que él era uno de los sacrílegos.

LIX.

Si preguntáran quién era el peor y mas perjudicial de los

hombres, todo el mundo respondería, que el traydor. Pero Euticrates, por haber vendido su patria, recibió maderas de Macedonia, con las quales construyó la Carpintería de su casa: Filocrates tuvo en pago del mismo crimen mucho oro, con el qual compró pescados y cortesanas: Euforbo y Filagero, que vendieron á Eretria, fueron recompensados con tierras; pero el loquaz, es el traydor sin interés: él se ofrece por sí mismo, sin que nadie le busque: él no hace dar á la caballería en una emboscada: no entrega las murallas de su pueblo; pero cuenta quanto se dice en secreto en los Tribunales, en los partidos, en las administraciones. Nadie le debe reconocimiento; y él es quien

lo debe á los que tienen la bondad de escucharle.

L X.

Puede decirse al hablador: lo que me cuentas, no es por amistad, ni por atencion; tú estás malo, y tu enfermedad es el deséo de hablar.

L X I.

El parlero quiere hacerse amar, y se hace aborrecer; quiere servir, é importuna; quiere que lo admiren, y se hace ridículo; él gasta para no recoger; ofende á sus amigos; sirve á sus enemigos, y trabaja en perderse á sí mismo.

LXII.

Los Lacedemonios desechaban de su estílo todo lo superfluo, y solo conservaban lo que debia hacer impresion. Ellos escribieron á Filipo: "Dionisio á "Corinto." Este Príncipe les dixo: "Si ataco á Lacedemonia, "os arrojaré lejos de vuestros ho"gares." Y se contentaron con responderle: "Sí." Escribióles para preguntarles si le recibirían en su pueblo; y le contestaron con letras muy grandes: "No." Demetrio se encolerizó porque no le enviaban sino un solo Embaxador: éste, sin espantarse, le dixo: "Uno solo, á uno solo." Los Anfictiones no hicieron grabar en el Templo de Apolo Pi-

ciano la Iliada, ni la Odiséa, ni los versos de Píndaro, sino estas cortas sentencias: " Conócete á tí mismo. = Nada es demasiado."

LXIII.

No solo se admiran los pensamientos que están encerrados en pocas palabras, sino que se desea el verlos explicados de un modo simbólico, y sin el socorro de la palabra. Sciluro, Rey de los Escitas, dexaba ochenta hijos. Próxîmo á morir, se hizo llevar un manojo de flechas, les dixo las tomasen y las rompiesen. Ellos lo rehusaron: entonces el mismo moribundo tomó las flechas una á una, y le costó poco trabajo el romperlas todas. Esto era hacerles compre-

hender toda la fuerza que tendrian estando unidos, y toda su debilidad si se dividian.

LXIV.

Si delante de nosotros hacen á otro alguna pregunta, es descortesía el adelantarse á responder; porque es declarar, que aquel á quien se ha dirigido la pregunta, no está en estado de responder por sí mismo; y que aquel que la hizo, no tuvo el debido talento para dirigirse al que debia escoger. Es decir: " ¿Qué
» preguntas á ese hombre? ¿Pues
» qué, sabe alguna cosa? ¿No
» es á mí á quien se debe con-
» sultar, estando allí?"

LXV.

El que arranca á otro la palabra, y se apodera de ella, es importuno, si satisface á la qüestion; y ridículo, si no la desempeña.

LXVI.

Ciro era un hombre admirable. No hacía caer la conversacion sobre las cosas que mejor sabía, sino sobre las que ignoraba, y que eran familiares á las personas que hablaban con él. De este modo evitaba el humillarlas con su superioridad, y él mismo se instruía. El loquaz se comporta de otro modo muy distinto. Si los discursos ruedan sobre materias que podrian instruir-

le, y enseñarle alguna cosa que no sabe, muda la conversacion, y la vuelve hácia cosas que corren por las calles.

LXVII.

Es menester tener siempre presente en la memoria lo que decia Simónides, que se habia freqüentemente arrepentido de haber hablado, y jamás de haber callado.

LXVIII.

Alababan á un atleta que tenia grandes brazos, como si esto constituyera un buen Pugilo. "Eso sería bueno, dixo el
» Maestro de exercicios Hipo-
» maco, si fuera necesario llegar

„ muy arriba para alcanzar la „ corona." Lo mismo podria decirse á los que hacen el elógio de las grandes posesiones, de los grandes Palacios, y de las cantidades de dinero. " Eso sería bueno, si se comprára la felici„ dad."

LXIX.

Muchas gentes hallaréis que querrán mas bien ser desgraciadas y ricas, que felices dando su dinero.

LXX.

¿De qué mal curarémos las riquezas, si ellas no pueden curarnos del amor de las riquezas?

LXXI.

En bebiendo, se apaga la sed: en comiendo, se alivia el hambre: si se tiene frio, y se ponen vestidos sobre vestidos, presto es menester quitarse algunos; pero el oro y la plata no pueden saciar el amor de las riquezas: la codicia, adquiriendo siempre, jamás queda satisfecha.

LXXII.

Nosotros necesitamos el pan, un alojamiento, vestidos simples, y algunos alimentos poco delicados; y queremos tener oro y plata, marfil, esmeraldas, Caballos y Perros de caza. En lugar de lo necesario, se busca lo

raro, lo que apenas se halla, y lo inútil. A pocas gentes falta lo que puede bastarlas: no es muy comun empeñarse para tener pan, queso y aceyte: las casas soberbias, las granjas espaciosas, los olivares, las viñas, las Mulas de Galacia, y los Caballos uncidos á soberbios carros, son los que nos sumergen en un abismo de préstamos usurarios, empeños onerosos y ruinosos intereses.

LXXIII.

Aquel, decia Aristípo, que come mucho, y bebe mucho, sin poder jamás apagar la sed, ni satisfacer su apetito, corre al Médico, le pregunta qué enfermedad tiene, y qual pueda ser el

remedio. Pero aquel que tiene cinco camas, y que quiere tener diez; que tiene diez mesas, y que todavía compra otras tantas; que tiene muchas posesiones y mucho dinero, y no está satisfecho, sino que se fatiga por tener mas; que no puede dormir, y que con la abundancia de bienes aun no está contento; este hombre no cree tener necesidad de que lo cuiden, y no busca á nadie que le diga qual es la causa de su enfermedad.

LXXIV.

Quando un hombre tiene sed, y no ha bebido, esperamos aliviarle dándole de beber; pero si bebe sin cesar, y no puede satisfacerse, juzgamos que necesi-

ta purgarse de un humor acre, y de un calor interno, que lo atormenta. Lo mismo aquel que tiene mas de lo que necesita, y quiere tener todavía mas, no se curará dandole oro, plata ó Caballos, porque no está malo de necesidad, sino de hartura, y así es preciso purgarle de lo demasiado que tiene.

LXXV.

No es menester, dice Menandro, mas que un amigo bienhechor para socorrer la necesidad; pero todos los vivos y los muertos reunidos no pueden saciar la codicia.

LXXVI.

La avaricia es una pasion bien singular. Las otras pasiones trabajan por satisfacerse: la avaricia se atormenta sin cesar para no satisfacerse nunca. El gloton no se priva de comer bien por glotoneria, ni el ebrio del vino por embriaguéz; pero el avaro se rehusa el uso de las riquezas, por amor á las riquezas. ¿No es una locura bien deplorable el no ponerse la capa porque se tiene frio, ni comer porque se tiene gana, ni servirse del dinero porque se ama el dinero?

LXXVII.

La avaricia es un tirano bien

cruel, porque ordena el acumular, y prohibe el uso de lo que se acumula; ella irrita el deséo, é impide la posesion.

LXXVIII.

Estratónico zumbaba á los de Rodas sobre su fausto. "Vosotros construís vuestras casas, „les decia, con tanta solidéz, como si no debierais morir, y „vivís como si os quedára poco tiempo que vivir." Pero al avaro puede decírsele: tú buscas el dinero como un hombre magnífico, y tú usas de él como un hombre sórdido: tú te condenas á la pena de rehusarte todo placer.

LXXIX.

Si lo necesario es lo mismo para el rico que para el pobre; si solo lo superfluo es lo que produce el orgullo del rico, es menester confesar, que Scopas de Tesalia tenia razon. Un amigo le pidió no sé qué mueble superfluo, y por consiguiente inútil: "¿No sa-
» bes, pues, le respondió, que
» por las cosas superfluas somos
» felices y ricos, y no por lo
» necesario?"

LXXX.

Mentecato, quando tú debieras quitar á tu muger sus sayos de púrpura y sus joyas, impèdirla el desplegar un luxo cor-

rompedor, tú llamas á su rededor todos los extraños, y adornas tu casa como un teatro. Vé ahí toda la dicha de la riqueza, el tener un gran número de expectadores.

LXXXI.

En estando malos del cuerpo, la sana razon lo percibe; pero quando estamos enfermos del espíritu, la misma razon está enferma, y no tiene juez de sus males: ella, que debiera juzgarlos, se encuentra en un estado de enfermedad. La mas grave, y la mas funesta del alma, es el desarréglo, que hace el mal incurable, y que habita, vive y muere con la mayor parte de los hombres.

LXXXII.

Para sanar, es preciso empezar por sentir el mal, y buscarle el remedio; pero los enfermos del alma no sienten su mal. Los insensatos, los desarreglados, y los hombres injustos, no conocen las faltas que cometen, y algunas veces creen tambien que hacen bien. No se oye que nadie dé á la fiebre el nombre de salud; á la tisis, el de gordura; á la gota, el de ligereza de miembros; á la ictericia, el de bello color; pero se encuentran gentes que al arrebatamiento, le dan el de valor; al amor, el de amistad; á la envidia, el de emulacion; y á la cobardía, el de prudencia. Los enfermos de cuerpo

conocen que necesitan un Médico para sanar de sus males: los enfermos de espíritu desechan á los sabios que podian curarles; y se lisonjean de hacer bien, en el mismo momento que hacen mal.

LXXXIII.

El enfermo de cuerpo no sale de su alcova, se está en la cama, y reposa mientras lo curan. Los enfermos del alma se mueven mas que nunca, y no dan treguas á su espíritu. Sobre todo, quando necesitan de tranquilidad, de estarse callados, y de quedarse en casa, salen á relucir el humor pendenciero, y el amor de la venganza, que les hacen obrar mal, y hablar sin razon.

LXXXIV.

Los que quieran ser padres de hijos estimables, deben buscar una madre digna de darlos á luz.

LXXXV.

Eurípides dixo con razon: "El hombre mas generoso conoce que se degrada quando debe avergonzarse por los vicios de su padre ó de su madre." Por el contrario, aquellos que han tenido la fortuna de nacer de padres ilustres por sus virtudes, están llenos de una justa vanidad.

LXXXVI.

Tres cosas deben concurrir á perfeccionar la virtud, el natural, el raciocinio y el hábito. El raciocinio, es el resultado de la instruccion; y el hábito, el del exercicio. Por la instruccion se comienza, y con el exercicio se adquiere el hábito; y por la una y el otro nos elevamos á la perfeccion. En faltando alguna de estas condiciones, es preciso que quede imperfecta la virtud. El natural sin instruccion, es ciego; y la instruccion sin la ayuda del natural, es defectuosa: el exercicio sin la una y el otro, es imperfecto. Sucede lo que con la agricultura, que desde luego exîge buen terreno, luego un

buen Labrador; y en fin, buenas semillas. En la educacion, el natural, es el terreno; el Maestro, es el Labrador; y los raciocinios y buenas lecciones, las semillas. ¡Dichosos aquellos á quienes el Cielo ha proporcionado todas estas ventajas!

LXXXVII.

No es un débil error el creer que los defectos del natural en los hijos, no pueden corregirse con la instruccion y el exercicio que los dirigen á la virtud. La negligencia corrompe el buen natural, y la instruccion enmienda sus defectos. Por falta de cuidado se nos escapa lo que es facil de asir; y con trabajo llegamos á coger lo que es dificil. Las

gotas contínuas de agua llegan á oradar una piedra, la frotacion de las manos gasta el bronce y el hierro. Con trabajo se consigue curbar la madera de las ruedas; pero una vez que toma esta forma, ya no se la puede volver á su anterior. ¿Qué arbol descuidado no se hace silvestre? ¿y qué arbol bien cultivado no dá dulces frutos? Vemos que con el trabajo se doman y domestican hasta los animales de natural el mas feróz.

LXXXVIII.

Las madres mismas deben criar sus hijos, y presentarles el pecho: así tendrán mas amor á sus tiernos niños, y serán mas solícitas para con ellos. ¡Ah! ¿po-

drian dexar de amar á unos niños que han sido parte de ellas mismas, y los han llevado en sus entrañas? Las Nodrizas, pagadas á peso de plata, no tienen á sus crias sino un afecto precario: lo que en ellas aman, es la recompensa que aguardan.

LXXXIX.

Llenando de leche la naturaleza los pechos de las madres, manifiesta que éstas deben criar los hijos que dan á luz.

XC.

La ternura de la madre se aumenta para el niño que ella cria. Esto debe ser así, porque el hábito ata los unos con los

otros; les inspira una benevolencia recíproca, y tira siempre á aumentarla. En los mismos animales se vé, que manifiestan su sentimiento quando los separan de los otros animales con quienes se criaron.

XCI.

Sin embargo, si por la debilidad de su complexîon, ó por algun otro grave impedimento, la madre no puede criar sus hijos, no debe tomar la primera Nodriza que se presente, porque, aun la demasiada escrupulosidad, no basta para una eleccion semejante. Desde el primer momento de la vida, es menester desvelarse para formar las costumbres y el carácter de los ni-

ños. La infancia es blanda y flexîblé, y se puede amasar y configurar como se quiere. La instruccion cuela, y se penetra en las almas delicadas todavía. Así como el sello queda señalado en la blanda cera, así la instruccion se imprime en el alma de los niños.

XCII.

Platón tenia mucha razon en prohibir que las Nodrizas contasen indiferentemente toda especie de consejas á los niños, porque es exponerse á llenarles la cabeza de necias ideas, ó de principios perjudiciales. El poéta Focílides dió un excelente consejo: "Desde la infancia, dice, es me-
» nester aprender el bien."

XCIII.

Es necesario que los criados que rodean á los niños, y que contribuyen á los servicios que su tierna edad exîge, sean bien escogidos; que sus costumbres sean honestas, y que su lenguage no sea vicioso. El proverbio tiene razon: " En viviendo con " cojos, se aprende á cogear."

XCIV.

Quando el niño llega á la edad en que es preciso confiarle á Preceptores, entonces es quando es necesario doblar los cuidados para no entregarle ligeramente á hombres baxos, ignorantes, y sin asiento.

XCV.

Una cosa muy ridícula y muy comun, es el ver cómo escogen, entre lo que tienen de mejor, en punto á esclavos, los mas hábiles y fieles para que corran con las haciendas, con el pilotage de sus buques, con el gobierno de la casa, con una partida de comercio, ó con una caxa de banca; ¿pero tienen un esclavo borracho, glotón, y no sabe nada, ni para nada es bueno? Pues á ese le hallan muy bueno para confiarle su hijo.

XCVI.

No hay nada mas importante en la educacion, que el bus-

car para los hijos maestros irreprehensibles en su conducta, superiores á toda nota en las costumbres, é instruídos por una larga experiencia.

XCVII.

Los Agricultores apuntalan las plantas tiernas: los sabios maestros sostienen del mismo modo la débil juventud con buenas lecciones y prudentes avisos. Estos son apoyos que prestan á éstas, todavía tiernas, plantas para prepararlas á producir algun dia buenas costumbres y virtudes.

XCVIII.

¿Quién dexaría de indignarse contra esos padres, que por

ignorancia ó estupidéz, sin experimentar á los que deben escoger para maestros de sus hijos, toman para tan importante empléo hombres desconocidos ó de mala fama? Merecen, no obstante, que se les compadezca quando obran por ignorancia. Pero vé aquí el colmo de lo absurdo: freqüentemente instruídos por personas ilustradas, de toda la incapacidad y de todos los vicios de los maestros que escogen, no dexan de confiarles sus hijos. ¿Quál es la causa de semejante inconseqüencia? Es, que los unos no pueden resistirse á los aduladores que los acarician, y los otros no tienen entereza para defenderse de las solicitaciones de sus amigos. Esto es lo mismo que si un enfermo, en

vez de ponerse en manos de un Médico hábil que le diese la salud, se entregára por complacencia con un amigo, á la ignorancia de un charlatán que le quitára la vida; ó si, á ruegos de un amigo, un viajante se embarcára báxo la conducta de un Piloto novicio, estando en su mano el escoger el mas experimentado. ¿Cómo pueden llevar el nombre de padre, y hacer mas caso de una súplica indiscreta, que de la educacion de sus hijos?

XCIX.

Crátes el antiguo tenia razon para decir, que querría subir á lo mas alto del pueblo, y gritar bastante fuerte para que todos los vecinos le oyesen: "In-

„ sensatos, ¿en qué pensais?
„ ¡Vosotros trabajais infinito en
„ acumular riquezas, y apenas
„ mirais y haceis caso de vues-
„ tros hijos, á quienes las de-
„ beis dexar!"

C.

Muchos padres llevan tan lejos la avaricia, ó mas bien podria llamarse aborrecimiento, para sus hijos, que por ahorrar algun gasto, escogen sugetos miserables para educarlos, y se contentan con haber encontrado la ignorancia á báxo precio.

CI.

Aristípo se burlaba en tono de chanza de un padre desnudo de entendimiento y de sentido.

Este hombre le preguntó quanto le llevaría por educar á su hijo. " Mil dracmas (1), dixo „ Aristípo. ¡Por Hércules, que „ sois caro! ¡ mil dracmas! Con „ esta suma podria yo comprar „ un esclavo." " Y lo que es mas, „ tendríais dos, repuso el filóso- „ fo; vuestro hijo, y el que hu- „ bierais comprado."

CII.

¿Qué sucede á aquellos padres que han educado mal á sus hijos? Quando los ven, hechos ya hombres, despreciar una vida honesta y arreglada, y sumergirse en vergonzosos desarre-

---

(1) 3600 reales de vellon.

glos, se arrepienten de haber hecho traycion á la educacion que debieron darles, y conciben demasiado tarde un dolor inútil. Los unos se rodean de aduladores y comilones, hombres perdidos, que á su vez pierden á la juventud: los otros se manchan freqüentando puercas cortesanas que los arruinan: otros se entregan enteramente al desarréglo de la mesa: otros á los juegos de suerte: otros buscan tambien placeres mas peligrosos, se insinúan en el tálamo nupcial, y no temen exponer su vida por un deleyte instantáneo.

CIII.

La buena educacion es la que solo puede conducir á la

virtud, y la que solamente es capáz de procurar la felicidad. Los otros bienes tienen toda la frugalidad de la naturaleza humana, y no merecen ser muy buscados. Un brillante origen es ventajoso, pero se debe á los padres: la riqueza es honrada, pero pertenece á la fortuna, y ésta freqüentemente se la arrebata á los que la poseen, para darsela á los que ni aun pensaban en esperarla. ¡Ah! ¿Qué son las grandes riquezas? Un atractivo para los rateros, los criados pícaros y los delatores; lo peor que hay es, que freqüentemente se conceden á los grandes malvados; la gloria procura respetos, pero es poco sólida; la hermosura no es despreciable, pero dura poco; la sa-

lud es un gran bien, pero facilmente se pierde; la fuerza es digna de envidiarse, pero una enfermedad y la vejéz nos privan de ella. ¡Cómo se engaña el hombre que se ensoberbece con su fuerza! ¡Qué poca cosa es comparada con la del Elefante, el Toro y el Leon!

CIV.

De todos nuestros bienes, solo la educacion es divina é inmortal. La inteligencia y la razon, son las dos cosas que en la naturaleza del hombre tienen el primer lugar. La inteligencia tiene el imperio, y la razon la sirve de ministro. La fortuna no puede reducirla á las prisiones; las delaciones no pueden per-

derla; las enfermedades no pueden destruírla, ni la vejéz alterarla. Solo la inteligencia rejuvenece envejeciendo. El tiempo, que todo lo arrebata, añade conocimientos nuevos á la vejéz. Nada hay que la guerra no destruya y arrastre como un torrente; pero no puede arrebatar la educacion que se ha recibido.

CV.

La respuesta que dió Stilpón á Demetrio, es memorable. Este Príncipe acababa de destruír hasta los cimientos de Megára, patria de aquel filósofo. Preguntóle si no habia perdido nada. "Nada, respondió el sabio, porque la guerra no pilla la virtud."

CVI.

Uno, creo que fué Gorgias, preguntó á Sócrates, qué idea formaba del Rey de Persia, y si lo creía dichoso. "No sé, res-
„ pondió Sócrates, si es virtuo-
„ so y bien criado."

CVII.

El jóven que ha tenido buena educacion, no debe ignorar ninguna ciencia comun; pero, como es imposible el llevarlo todo á la perfeccion, no debe hacer mas que recorrerlas, y en cierto modo gustar de ellas. La filosofía merece el primer lugar; para ella debe reservarse. Debe hacerse en esto como con los

pueblos, que es bueno conocer muchos, pero no fixarse sino en el que lo merezca.

CVIII.

Bión decia, que así como los amantes de Penelope, no pudiendo obtener sus favores, se desquitaban con sus criadas; así tambien se ven hombres, que no pudiendo elevarse á la filosofía, se agotan sobre ciencias, que no son de valor alguno.

CIX.

El estúdio de la sabiduría debe ser el principal objeto de la educacion. Solo la filosofía es el remedio de todos los males, y de todas las enfermedades del

alma. Por ella, y con ella, se nos concede el conocer lo que es bello, lo que ès vergonzoso, lo que es justo, lo que debe evitarse, y lo que debe elegirse: ella es la que nos enseña cómo hemos de portarnos con nuestros padres, esposa, hijos y criados: ella nos prescribe, que es preciso adorar los dioses, y reverenciar á los padres, respetar á los ancianos, obedecer á las leyes, someterse á los Magistrados, cultivar la amistad, amar la muger propia, querer á los hijos, y no maltratar á los esclavos; pero sobre todo nos enseña á no alegrarnos demasiado de la prosperidad, ni afligirnos demasiado por las desgracias; á no afeminarnos en el seno de los deleytes, ni arrebatarnos coléricos á

accesos feroces. Tales son, segun creo, los mayores bienes que recogemos de la filosofía.

CX.

Tres modos diferentes de vivir hay; el uno activo, el otro contemplativo; y el tercero consiste en gozar. Esta vida disoluta, y esclava de los deleytes, nos abate á la clase de los brutos, y no es propia sino de las almas baxas. La vida contemplativa, si no se une á la activa, nos hace inútiles. La vida activa sin la filosofía, se pasa en la ignorancia, y es el juguete del error. Es menester, pues, á la vez, y en tanto que las circunstancias lo permitan, ocuparse en los negocios, y cultivar la filosofía.

CXI.

Es bueno, y hasta indispensable, en la educacion no descuidar los escritos de los antiguos, y hacer buena eleccion de los libros.

CXII.

Los exercicios del cuerpo no deben descuidarse; ellos son necesarios para aumentar la fuerza, y darla toda su consistencia. La buena constitucion del cuerpo, es la que desde la niñéz puede mirarse como el cimiento de una bella vejéz. En el tiempo sereno es quando debemos preparar un abrigo contra la tempestad; y en la edad juvenil, es quando debemos formar una constitucion capáz de conducirnos á la vejéz.

CXIII.

Lo mas importante es el formar la juventud en los exercicios militares. Que tire flechas, que arroje dardos, y que se divierta con la caza. La guerra no quiere hombres que se han criado á la sombra. Un soldado flaco y seco, pero acostumbrado á los combates, triunfa de un atleta vigoroso, y hace huír las falanges enemigas.

CXIV.

Con exhortaciones y raciocinios es menester conducir los jóvenes al bien: los malos tratamientos y los golpes, no convienen sino á los esclavos, y de-

gradan á los hombres libres. Los elogios y las reprehensiones deben emplearse á tiempo ; éstas para apartar del mal , y aquellos para animar al bien. Es menester hacer de esto, con habilidad, una diestra mezcla , de manera que los unos succedan á las otras, humillando al niño con desaprobaciones , quando se hinche de orgullo demasiadamente , y animándole con elogios , quando se le vea abatido ; porque esto es imitar á las que crian , las quales , despues de haber hecho llorar á los niños , les presentan el pecho para consolarlos.

CXV.

He visto padres que á fuerza de querer á sus hijos , no los

amaban. ¿Qué quieres decir? me preguntarán. Voy á explicarme. Ellos quieren que sus hijos sean al instante una maravilla en todo, y los agobian de trabajos excesivos. Estos pobrecillos, rendidos de fatiga, arrojan este exceso de instruccion, y nada aprovechan. El agua distribuída con moderacion, nutre las plantas, y prodigada con exceso, las ahoga. Lo mismo sucede con el entendimiento: un trabajo medido contribuye á su aumento, y el exceso de él, lo abate. Dése descanso á los niños, y téngase presente, que nuestra vida entera es una succesion del trabajo y el reposo.

CXVI.

Reprehensibles son los pa-

dres, que despues de haber entregado sus hijos á preceptores y maestros, no sè mezclan ya mas en su instruccion, ni asisten jamás á las lecciones que les dan. Ellos deben exâminarlos de tiempo en tiempo, y no dar una confianza sin reserva á hombres mercenarios, que prestarian mas atencion á sus empleos, si supiesen que habian de dar cuenta de su conducta. Aquí puede aplicarse el dicho de un Caballerizo. "Nada, decia, engor- „ da mas los caballos, que el ojo „ del Rey."

CXVII.

Sobre todo, es menester exercitar y fortificar la memoria de los jóvenes. Dixeron que la me-

moria era madre de las musas, para hacer conocer que es ella la que engendra y nutre las ideas.

CXVIII.

No solo para adquirir erudicion es útil la memoria , sino para la conducta de la vida. El recuerdo de los sucesos pasados, presta exemplos para deliberar sabiamente sobre los venideros.

CXIX.

Hágase de modo que los niños tengan horror á pronunciar palabras indecentes. "El discur-
» so , decia Demócrito , es la
» sombra de las acciones."

CXX.

Es menester acostumbrar los niños á ser afables y políticos. Nada hay mas desagradable que esos hombres despegados y faltos de afabilidad. El medio de hacerse amar es, el de ceder en las disputas, y no ignorar que no solo es bueno el vencer, sino el ceder la victoria; y que haciéndonos odiosos, ésta podría alguna vez volverse contra nosotros mismos. Aquí el sabio Eurípides dá testimonio en mi favor. " Quando dos hombres disputan, dice, y el uno está colérico, el mas sabio es aquel que cede."

CXXI.

Es propio del hombre sabio el no dexarse arrebatar de la cólera. Un jóven descompuesto dió una patada á Sócrates. Los que rodeaban al sabio se indignaron, y querian que delatase al culpado. " Pero, les dixo, si
" un asno me hubiera dado una
" coz, ¿ me aconsejariais que le
" diese otra?"

CXXII.

Volviendo de la guerra donde habia sido General, Arquitas de Taranto, encontró sus tierras incultas. Llamó á su administrador, y le dixo: " Hombre,
" perdido eras, si no estuviera
" colérico."

CXXIII.

Platón estaba irritado violentamente contra un esclavo glotón y vicioso: hizo venir á su sobrino, y le dixo: "Castígame á ese bribón, porque yo me hallo muy acalorado para hacerlo."

CXXIV.

Hay padres que, despues de haber puesto á sus hijos preceptores y maestros, se creen libres de toda carga, y abandonan su adolescencia á toda su impetuosidad, sin embargo de que ésta exîge mas cuidado que la infancia. ¿Quién ignora que las faltas de los niños son ligeras y fáciles de remediar? Éstas se re-

ducen á inobediencias á sus maestros y á terquedades; pero muchas veces las faltas de la adolescencia pueden ser muy graves, y tener conseqüencias desastradas: tales son la incontinencia; el robo hecho á los padres; el furor del juego de suerte; el desarreglo de la mesa; la corrupcion del otro sexô, y la deshonra introducida en las casas de las mugeres casadas: todos ellos, excesos que apenas podrán contenerse y encadenarse con la mayor vigilancia.

CXXV.

Esta edad no resiste al placer: se escapa, se acalora y necesita de freno. Si no se ponen barreras poderosas á su ímpetu,

se arriesga el abrirla la puerta del crimen. Entonces es quando un padre sabio debe sobre todo estar alerta, velar sobre las costumbres de sus hijos, conservarlos con instrucciones, amenazas, súplicas, consejos, promesas y exemplos de tantos jóvenes como han caído en la desgracia por haberse entregado á los placeres; y de aquellos, que por haberse resistido á ellos, han obtenido elogios, y han remontado á la gloria.

CXXVI.

La esperanza de la gloria, y el temor del castigo, son, en cierto modo, los instrumentos de la virtud.

CXXVII.

Es menester, sobre todo, apartar á los jóvenes de las malas compañías, porque con ellas se hacen viciosos.

CXXVIII.

La peor de todas las compañías, es la de los aduladores. No hay hombres mas perniciosos, ni mas diestros que ellos, para hacer caer la juventud en sus redes. Ellos pierden á los hijos y á los padres, y llenan de males la juventud de los unos, y la vejéz de los otros; y para hacer dóciles á los que atacan á sus pérfidos consejos, ofrecen el deleyte como un atractivo ir-

resistible. Los padres opulentos exhortan á sus hijos á la templanza ; y los aduladores, al libertinage : los padres á una conducta arreglada, y los aduladores al desarréglo : los padres á ahorrar, y los aduladores á prodigar : los padres al trabajo, y los aduladores á la indolencia. " La vida, dicen ellos, no es » mas que un punto de tiempo, » y es menester aprovechar su » corta duracion : todo el que » no se emplea en los placeres, » es perdído. Dexemos que re- » gañen y amenacen esos viejos » caducos padres, que ya tie- » nen un pie en la sepultura."

CXXIX.

Creo que los padres no de-

ben ser demasiado duros y adustos. Es bueno que tengan alguna vez indulgencia con las faltas de sus hijos, pues no deben olvidar que tambien ellos han sido jóvenes.

CXXX.

Así como los Médicos mezclan xugos agradables con las drogas amargas, y han conseguido hallar medios lisongeros para hacer útiles sus remedios; así los padres es necesario que sepan mezclar y templar con la dulzura, la severidad de las reprehensiones. Alguna vez deben afloxar diestramente la brida á las pasiones de sus hijos; otras tenerla tirante, ó á lo menos no tardar en apaciguarse despues del primer arrebatamiento. Mas

vale que un padre tenga ciertas vivezas, que no que conserve un resentimiento que pueda parecer aborrecimiento.

CXXXI.

Bueno es el disimular ciertas faltas. La vejéz tiene la vista débil, y duro el oído: es menester con maña sacar partido de estos achaques, para no ver ciertas cosas que se ven muy bien, y no oír lo que se ha oído muy bien. Nosotros aguantamos las faltas de nuestros amigos, ¿pues qué extraño será que toleremos las de nuestros hijos? Con la discreta indulgencia llegamos á domar la fogosidad de la juventud.

CXXXII.

Si el jóven es incapáz de resistirse á los placeres, y se manifiesta rebelde á los consejos, entonces es preciso atarlo con los lazos del matrimonio. Éste es el vínculo mas seguro para contener la juventud; pero cuidado con no escogerle una muger muy superior á él. Los que casan con mugeres mucho mas ricas que ellos, no son los esposos de sus esposas, sino esclavos del dote que han traído.

CXXXIII.

Algunos consejos quedan todavía que dar á los padres. Que ellos mismos tengan cuidado de

no cometer faltas: conformandose á las lecciones que dan á sus hijos, podrán esperar que estos las sigan. Quando ellos mismos cometen las faltas que les reprehenden, entonces se acusan, y se condenan ellos mismos, queriendo reprehenderlos; pero quando se hacen culpables de una conducta absolutamente viciosa, ni aun son dignos de reprehender á los esclavos libertinos, y con mucha mas razon de poder corregir á sus hijos. Todo el mal que ellos hacen, se lo aconsejan, y les dan lecciones de él.

CXXXIV.

Si los viejos no tienen pudór, sus hijos no conocen la vergüenza.

CXXXV.

Lo mismo es obedecer á Dios, que obedecer á la razon. Para los hombres sensatos, el pasar de la juventud á la edad viríl, no es sacudir toda dominacion, sino cambiarla; esto es, sustraerse á la conducta de un preceptor mercenario, para pasar báxo la divina legisladora de nuestra vida, que es la razon. Los que la obedecen, son los solos hombres libres; porque aquellos que han aprendido á querer lo que deben, son los únicos que viven, en efecto, como quieren. Con las pasiones desenfrenadas de la ignorancia, no se tiene sino una libertad débil y baxa, acompañada de freqüentes arrepentimientos.

CXXXVI.

Teofrasto dice, que el oído es el mas apasionado de todos los sentidos; porque nada de lo que se vé, de lo que se mira, y de lo que puede tocarse, no causa, ni las mismas enagenaciones, las mismas turbaciones, ni los mismos terrores, que ciertos ruidos, ciertos brillos, y ciertos sones excitan en nuestra alma.

CXXXVII.

Tambien puede decirse, que él es el mas racional de los sentidos. Bastantes partes de nuestro cuerpo se ofrecen al vicio, para franquearle la entrada en el alma; pero el oído, siempre

que sea puro, que no haya sido corrompido por la adulacion, y que desde el principio se haya conservado inaccesible á los malos discursos, es el solo que en los jóvenes da entrada á la virtud.

CXXXVIII.

El jóven que no ha oído nada, no solo será esteril en virtudes, sino tambien en vicios. Su alma estará como aquellas tierras abandonadas, que vemos fertiles en plantas silvestres.

CXXXIX.

La inclinacion al deleyte, y la aversion al trabajo, no son en el hombre qualidades extrañas que vengan á buscar asilo en

su seno : ellas nacieron con él , y en él hacen nacer á su vez mil pasiones , y males innumerables. En dexandolas correr libremente, en no oponiéndolas fuertes diques, en no separándolas con sábias lecciones , y en no rectificando el natural del hombre, no hay animales que no sean menos feroces que el hombre mismo.

C X L.

La mayor parte de los hombres se exercita en hablar antes de estar formados para oír. Ellos creen que exîste una ciencia de hablar que exîge estúdio , y puede someterse á principios ; pero piensan que es bueno escuchar de qualquier modo que sea.

CXLI.

Para jugar bien á la pelota, es menester saberla echar, y recibir. Para hacer buen uso de la razon, es menester recibirla bien antes de esparcirla, así como en la generacion, que es menester concebir antes de producir.

CXLII.

Si oyes hablar de una comida, de una ceremonia, de un sueño, y de una disputa, todo te vuelves oídos, y estás con el mayor silencio; pero si se trata de oír alguna cosa útil, si te llaman aparte para hacerte ver tu obligacion, para reprehenderte sobre algun defecto, ó pa-

ra apaciguarte de tus arrebatamientos de cólera, no escuchas; ó entras en contestacion con quien te habla, si tienes alguna esperanza de convencerle en la disputa, ó huyes para ir á oír en otra parte mil puerilidades.

CXLIII.

Los que saben enseñar bien los Caballos, los hacen dóciles al freno. Los que saben educar bien los jóvenes, los enseñan á escuchar bien, y les hacen comprehender, que es necesario oír mucho, y hablar poco.

CXLIV.

Elogiando Spíntaro á Epaminondas, decia, que sería dificil

encontrar un hombre que supiera mas, y hablára menos.

CXLV.

El silencio es un adorno útil para un jóven. Si ha tomado la costumbre de callar á tiempo, ya sabe escuchar á un hombre sin turbarlo, ni interrumpirlo á cada palabra. Este hombre le dirá alguna vez cosas desagradables; no importa: él no le cortará la oracion, ni responderá tan presto. Quando, al parecer, lo habrá dicho todo, le dexará todavía tiempo de añadir lo que quiera, de reflexîonar lo que ha dicho, y de variar lo que le parezca. Los que nunca responden con pausa, que no saben, ni escuchar, ni hacerse oír, y que siem-

pre tienen objeciones que hacer al que ha empezado á hablar, son impolíticos é inaguantables.

CXLVI.

Así como á un Odre, que quieren llenar de algun licor, se le saca el ayre, así es preciso hacer salir de la cabeza de los jóvenes el loco orgullo y presuncion; sin lo qual, llenos de viento y de humo, son incapaces de recibir nada útil.

CXLVII.

La envidia, siempre maligna y aborrecedora, nunca es buena para nada: ó mas bien, no hay bien alguno al qual no se oponga; pero sobre todo es una

compañera bien desgraciada, y una malísima consejera para el que escucha. Ella le vuelve tristes, desagradables y odiosas las cosas mas útiles que oye, porque lo mejor dicho, es siempre lo que menos agrada al envidioso. El envidioso de la riqueza, de la reputacion y de la hermosura, no tiene envidia sino de las ventajas de otro; pero tener envidia de las cosas bien dichas, es envidiarse á sí mismo su propio bien, y afligirse de él; porque la luz pertenece á los que la ven, y los buenos discursos á los que los oyen, si quieren recibirlos.

CXLVIII.

Aquel á quien su loca ambicion y orgullo hacen envidiar

los buenos discursos, no puede prestar su atencion para escucharlos. En vez de gozar de ellos, siempre está turbado y distraído, y solo piensa en ver si podrá exceder en talento al que habla. Tiene fixos los ojos en los otros; no los pierde de vista; exâmina si no están contentos, y si no están admirados. Él sufre, y se halla en una situacion cruel si vé que aplauden lo que oyen. Hace esfuerzos para olvidar lo que acaba de oír, porque su memoria le aflige: lo que aun no ha oído, lo escucha con temor; y tiembla, considerando si lo que queda por decir será mas bello todavía que lo ya pronunciado. El pasage mas bello del discurso es, el que con mas impaciencia desea que se acabe. Una vez

concluído, ya no vuelve á pensar en él; pero escucha lo que dice y piensa el auditorio. Él huye con la rabia en el corazon, lejos de los que lo elogian; y se une y aplaude á los que lo censuran injustamente, truncan el sentido, y alteran sus bellezas; rie con ellos, pero con la risa dolorosa de la envidia. Si no encuentra quien le ayude á degradar las bellas cosas que acaba de oír, busca otro consuelo, y es, el hacerse panegirista de la gente moza, y sostener que estos han hablado mucho mejor, y con mucha mas energía, sobre el mismo asunto. A fuerza de despecho consigue corromper en sí mismo el son del oído, y hacerlo inútil.

CXLIX.

Es menester que la emulacion y el gusto de oir hagan entre sí treguas. Debemos escuchar con indulgencia, y recibir lo que el orador nos da, como si estuvieramos convidados á tomar parte en un festín religioso, ó en las primicias de un sacrificio; alabar su talento, quando ha llenado su objeto, y en lo demás manifestar reconocimiento porque ha tenido la bondad de comunicarnos lo que sabía, y por el trabajo que se ha tomado de persuadir á los otros, lo que ha creido y mirado como verdades útiles.

C L.

Quando el orador tiene razon, no se ha de creer que es una dicha que debe á la casualidad, ni que la verdad se le haya ofrecido por sí misma: pensemos que ella le ha costado trabajos y estudios: dispensemosle la estimacion que merece, y propongamonos el imitarle. Quando se engaña, busquemos lo que le ha inducido á error, y saquemos provecho de sus faltas. Apliquemonos á nosotros mismos la crítica que le hacemos: señalemos sus defectos, para corregir los nuestros, y exâminemos si no los tenemos iguales. Facil es el conocer los defectos agenos; pero esta facilidad nos es inútil,

si no nos servimos de ella para corregir en nosotros los defectos semejantes, y guardarnos de ellos.

CLI.

Quando vemos que alguno comete faltas, es preciso preguntarnos siempre, como Platón: "¿No le parezco yo?"

CLII.

Lejos de ser dificil, es muy facil el criticar lo que se oye: hablar mejor uno mismo, eso sí que es dificil. Esto acuerda el dicho de un Lacedemonio. Supo que Filipo acababa de arrasar á Olinto: "Él no sabrá, dixo, levamtar una ciudad semejante."

CLIII.

La admiracion es lo contrario del desprecio: ella es familiar á las almas dulces, y á los carácteres benéficos. Es menester tener cuidado con esta qualidad; porque puede ser que exîjan sus excesos mas precaucion todavía, que los del extremo contrario. Los hombres despreciables y presuntuosos no sacan fruto alguno de lo que oyen; y lo que oyen aquellos que son débiles, y demasiado inclinados á admirarlo todo, puede causarles mucho mal. Debe alabarse con candor al que habla, pero no dexarse arrastrar sin precaucion de sus discursos: mirar con benevolencia sus talentos, pero exâminar severa-

mente la verdad de sus palabras. De este modo no será el que oye para el orador un injusto enemigo, ni éste podrá dañarle tampoco.

CLIV.

Amenudo sucede, que por una benevolencia excesiva, ó por una arriesgada confianza en el que habla, se adoptan errores ó principios funestos.

CLV.

En las materias filosóficas no debemos dexarnos arrastrar de la autoridad del que habla; es menester buscar los fundamentos de su doctrina.

CLVI.

Apartemos en semejantes materias los adornos del lenguage, y miremos solo al fruto del discurso: las Abejas, y no las Ramilleteras, debemos imitar. La Ramilletera no trata mas que de las bellas figuras, de los colores lisonjeros, y de los olores suaves: ella mezcla todo esto, y compone una obra inútil, que no durará mas que un dia. La Abeja atraviesa, sin pararse, el prado esmaltado de violetas, rosas y jacintos; pero se fixa en el duro y ácre sérpol: de allí extrae sucos útiles, y vuela con ellos á su laboratorio, á componer la miel mas deliciosa.

CLVII.

Para juzgar un discurso filosófico, ha de entrar uno dentro de sí mismo, y ver si aquel ha logrado tranquilizar alguna de nuestras pasiones, algun sentimiento, aunque ligero; si ha afirmado mas nuestra razon y nuestro entusiasmo, para amar la virtud con mas ardor. "Un baño „ y un discurso, que no limpian, „ son inútiles, decia Ariston."

CLVIII.

Es propio de un entendimiento ligero, el alabar lo que se ha dicho, sin saber, ni tomarse el trabajo de exâminar, si lo que se dixo era útil ó inútil, necesario ó superfluo.

CLIX.

Muchos gustan de oír hablar á un filósofo de lo que no les interesa á ellos mismos. Mientras no les dice sino cosas que les son inútiles, lo admiran y aplauden; pero si el sabio trata asuntos que les tocan, y que les son aplicables; si les habla con libertad, y les da graves y útiles lecciones; ellos ven que se toma un trabajo inútil, y reciben con impaciencia sus consejos, porque creen que al filósofo en su escuela, se le ha de oír por entretenimiento unicamente, así como á un Comediante en el teatro.

CLX.

En los aplausos que se dan á un discurso, es necesario guardar moderacion. Es igualmente poco digno de un hombre honrado el ser demasiado pródigo, ó demasiado aváro de alabanzas. Es un desagradable auditorio el de un hombre á quien nada place, y nada mueve. Lleno de orgullo, y solo satisfecho de sí mismo, quiere con sus desdenes hacer conocer que él sería capáz de hablar mejor. No hace un movimiento, ni habla una palabra que manifieste estar contento, sino guarda un profundo silencio, y se encierra en una gravedad estudiada. Lo que busca es, el pasar por hombre pro-

fundo. En dispensando una alabanza, cree empobrecerse, como si diera dinero.

CLXI.

Muchos han entendido mal el sentido de un dicho de Pitágoras. Decia éste, que habia ganado con la filosofía, no admirar nada; pero lo que nos quita la filosofía es, la admiracion, el estupór de la ignorancia y de la estupidéz, porque nos hace conocer las causas de las cosas naturales, mas no nos quita la honradéz, ni la magnanimidad. Es honor para un hombre bueno y verídico, el rendir homenages á los que son dignos de ellos; él mismo se ensalza con los elogios que le dá, y hace ver que tie-

ne demasiado mérito para envidiar el ageno ; pero las gentes avaras de aplausos , pueden hacer sospechar que carecen de qualidades que los exîjan.

CLXII.

Por otro lado , es manifestar un entendimiento limitado el no juzgar las cosas en grande , y pararse en los mas pequeños pormenores , haciendo exclamaciones sobre todas las palabras y todas las sílabas. De este modo disgustan amenudo al orador mismo , aplaudiéndole sin venir al caso , y siempre se incomoda tambien á los oyentes , porque se les distrae quando quieren estar con la mayor atencion. En fin , un hombre semejante pasa siempre , ó

por un burlón, un tonto ó un adulador.

CLXIII.

En los Estados populares, en donde los empleos se sacan por suerte, si se logra la suerte favorable, se manda á los otros; pero si no, cada uno se queda sin quejarse en su condicion privada. Así debemos hacer con los sucesos de la vida: si somos incapaces de esta resignacion, no sabremos tampoco disfrutar con prudencia y moderacion la buena fortuna.

CLXIV.

El hombre prudente prevee todas las desgracias que pueden sucederle. Quando acaecen, tra-

ta de aligerarlas quanto es posible; y si no puede disminuir su peso, se resigna, y las aguanta.

CLXV.

¡Quán estúpidos son aquellos hombres que, por haberse enriquecido, y elevado á alguna magistratura, y por haber obtenido algun empléo en la república, miran á sus inferiores con desprecio, y los amenazan con que los han de destruir con sus grandezas! Ellos no piensan en la instabilidad de la fortuna, y parece que ignoran la prontitud con que abate á los que están elevados, y ensalza á los que gimen en la humillacion.

CLXVI.

El modo mas seguro de hacernos inaccesibles á las pesadumbres es, el penetrar bien la inconstancia de la suerte, y estar prevenidos para aguantar sus caprichos: no solo somos mortales, sino que quanto nos toca es variable y perecedero.

CLXVII.

Eres hombre, y caes en la desgracia. ¿Qué tiene esto de extraño? ¿No es un suceso al qual están expuestos todos los hombres?

CLXVIII.

Vé ahí una desgracia que yo

no esperaba: pues era menester haberla esperado, y meditado antes lo incierto de todas las cosas humanas.

CLXIX.

El estado del hombre, despues de su muerte, es el mismo que antes de nacer, á menos que no se quiera encontrar diferencia entre el no ser, y haber dexado de ser.

CLXX.

Nosotros no lloramos por los muertos mismos, sino por las satisfacciones y placeres que nos procuraban; y si lloramos por los muertos, es preciso consolarnos con que ellos no sufren yá mal alguno.

CLXXI.

Platón queria que se recibieran tranquilamente todos los sucesos; porque no sabemos si son prósperos ó adversos, y nuestro dolor no podria mudarlos.

CLXXII.

El hombre no tiene nada suyo: él administra los bienes que los dioses le confian, y que le quitan quando les agrada. La vida misma es un depósito que ha recibido de sus manos, y ellos no han prefijado término para retirarlo.

CLXXIII.

¿Quién sabe si por una pro-

videncia paternal, los dioses han quitado la vida al que tú lloras, para excusarle los males que tal vez habria sufrido?

CLXXIV.

Xenofonte, discípulo de Sócrates, ofrecia un sacrificio, y vinieron á anunciarle la muerte de Grilo, su hijo. Se quitó la corona, y preguntó cómo habia muerto. "Valientemente, le
» respondieron, combatiendo á la
» cabeza de sus tropas, y rodea-
» do de enemigos muertos por su
» mano." Xenofonte trató, por algunos instantes, de calmar con la razon los primeros movimientos naturales; despues, volviéndose á poner la corona, continuó el sacrificio. "Yo no habia

„ pedido á los dioses, dixo, que
„ concediesen á mi hijo la inmor-
„ talidad, ni menos una larga
„ vida, sino que fuera hombre
„ de bien, y amáse su patria,
„ y han oído mis votos."

CLXXV.

Dión, de Siracusa, tenia un Consejo sobre materias de Estado. Oyeronse grandes gritos en la casa, y vinieron á anunciarle que su hijo se habia muerto de una caída que habia dado de lo alto del techo. Mandó entregasen el cuerpo á las mugeres para enterrarlo, y volvió á tomar el hilo de la deliberacion, que este accidente habia interrumpido.

CLXXVI.

No se aplica fuera de propósito á los ambiciosos la fábula de Ixîon. Él queria abrazar á Juno, y no abrazó sino á una nuve.

CLXXVII.

El hombre consumado en el bien, y perfectamente virtuoso, no haría absolutamente caso de la gloria, si no fuera porque le facilita el medio de hacer buenas acciones, dándole una autoridad fundada en la confianza que inspira. Sin embargo que un jóven ambicioso se ensoberbezca con la gloria que le produce el bien que hace, debe permitírsele. Las virtudes que bro-

tan y florecen en esta edad, se sostienen con la alabanza ; y la noble ambicion que inspiran, contribuye á sus progresos.

CLXXVIII.

Pero el exceso de este orgullo es peligroso, porque arrastra á una locura manifiesta, y á furores insensatos á aquellos que se elevan á un gran poder, luego que no miran como glorioso todo lo que es bien, sino como bien, todo aquello que puede atraerles gloria.

CLXXIX.

Para ser dichoso de verdadera dicha, que consiste, sobre todo, en las costumbres y en el

carácter, es tambien indiferente el haber nacido en una humilde y obscura Ciudad, y de una madre sin hermosura, y de pequeña talla. Sería cosa ridícula creer que Julis, que solo es una pequeña parte de la pequeña Isla de Céos, producirá Comediantes buenos, y buenos poétas, y que no podría producir un hombre justo, templado, prudente y magnánimo. Las artes que necesitan proteccion, y adquirir gloria, desmayarían en pueblos chicos, y nada florecientes; pero quando la virtud encuentra un alma honrada y activa, se parece á aquellas plantas vigorosas, que arraygan en toda clase de terreno.

CLXXX.

Es necesario ser eloqüente para dirigir los negocios de la república; pero es una debilidad en el estadista, el complacerse él mismo en su eloqüencia, y afectar la gloria de Rector.

CLXXXI.

Los Estados se verán descargados de sus males, quando, por una felíz casualidad, un gran poder y una gran sabiduría, se hallen unidos á la equidad.

CLXXXII.

Numa empleó mas decencia y mas retentiva que Licurgo, en

la custodia de las jóvenes. Las leyes de Licurgo dexaban á las de Esparta una libertad que ha dado lugar de hablar á los poétas, como Ibico, que las trata de monstruosas de muslos, y de locas de los hombres. En efecto, los lados de su vestido no estaban cosidos por abaxo, sino abiertos; de modo, que al andar manifestaban todo el muslo, y dexaban su casa para ir á los exercicios con los jóvenes. De esta manera se hacian atrevidas, y hasta con sus maridos parecian hombres; gobernaban la casa, tomaban cierto imperio para mandar en ella, se mezclaban en los negocios publicos, y hablaban libremente de los mayores intereses del Estado. Por el contrario, Numa, dexando á las mugeres

el honor y la dignidad que deben tener, las inspiró mucho pudór, las prohibió la curiosidad, las enseñó á ser sóbrias, las hizo acostúmbrarse á callar, las prohibió absolutamente el uso del vino, y no las permitió hablar, ni aun las cosas mas necesarias, sino en presencia de sus esposos. Cuentan, que habiendo pleyteado úna muger ella misma su causa en la plaza, el Senado hizo consultar el Orácu-lo para saber lo que este suceso presagiaba á la república. La memoria que se ha conservado de las mugeres Romanas que se han conducido mal, es una gran prueba de la docilidad y dulzura de las otras. Como nuestros historiadores acostumbran señalar qual fué el primero que

se manchó con la sangre de un ciudadano; quién hizo la guerra á sus hermanos, quién mató á su padre ó á su madre; así los Romanos traen, que Spurio Carvilio fué el primero que repudió á su muger, doscientos treinta años despues de la fundacion de Roma, y que hasta entonces no se habia visto cosa semejante; y que la muger de Pinario, nombrado Taléa, fué la primera que tuvo una querella con su suegra Gegania, báxo el reynado de Tarquino el soberbio: tan cierto es, que el legislador habia instituído sabios reglamentos acerca de las mugeres.

CLXXXIII.

El amor tiene tanta modestia, continencia y fidelidad, que si entra en almas extrañas, á estas virtudes se las hace concebir. Muchachas esclavas, porque ellas amaban, han rehusado el tálamo de los héroes: simples particulares, por amor, han despreciado los favores de las Reynas. Aquellos á quienes el amor domína, quedan libres de toda otra dominacion.

CLXXXIV.

Una muger bien nacida, y que ama á su esposo, sufriría antes la inmediacion de los Dragones y los Osos, que las caricias

de otro hombre. Camma nos da un exemplo de esta verdad. Ella era muy hermosa; su esposo, llamado Sinato, era uno de los Xefes de la Galacia. Ella tuvo la desgracia de agradar á Sinorix, el mas poderoso de los Gálatas. Como desconfiaba de seducirla mientras viviera su marido, le dió á éste la muerte. Camma buscó su refugio y su consuelo en el templo de Diana: de allí no salia; y buscada por un gran número de pretendientes, no veía á nadie. Sinorix tomó al fin el partido de hacerla proposiciones de casamiento: ella no las desechó, ni hizo al asesino de su esposo reconvencion alguna sobre su delito. Lléno de confianza fué al templo: ella se adelanta á recibirle, le

dá la mano, lo conduce al altar de la diosa, bebe la primera en la copa nupcial el vino que habia mezclado con veneno, y le presenta el resto. Quando ella vió que él habia bebido, lanzó un profundo suspiro: "Ve aquí, „ exclamó ella, mi amado Sinato, „ el dia que yo esperaba; este „ dia, que me ha hecho soportar „ una vida que me era intolera- „ ble sin tí. Recibeme ahora á „ mí, que te he vengado del „ hombre mas malvado. Compa- „ ñera de tu vida he sido, y „ ahora lo soy con gusto de tu „ muerte." Sinorix fué conducido en su Litera, y murió poco despues: Camma le sobrevivió bastante para gozar del efecto de su venganza.

CLXXXV.

Quando Solón fué á Mileto á visitar á Táles, se admiró de que este sabio no se hubiese casado, ni procurado tener hijos. Táles no respondió nada; pero algunos dias despues hizo venir á un extrangero, que se decia haber llegado de Atenas, de donde no habia mas de diez dias que habia salido. Solón le preguntó si dexa allí algo de nuevo. "Nada, respondió el extrangero, bien instruído de lo que
» habia de decir, sino los funerales de un jóven, á los quales ha asistido todo el pueblo.
» Decian que era hijo de un hombre de consideracion, y el ciudadano mas distinguido por su

» virtud. El padre no se hallaba
» presente, y decian qne yá hacía
» tiempo que viajaba. ¡Ay des-
» graciado! exclamó Solón. ¿Pe-
» ro cómo se llamaba? Yo su-
» pe su nombre, dixo el extran-
» gero; pero ya no me acuer-
» do de él. Lo que sé decir es,
» que solo se hablaba de su sa-
» biduría y de su justicia."

El sobresalto de Solón se aumenta á cada palabra, y no pudiendo disimular su turbacion, pregunta, si el muerto era hijo de Solón. "Él mismo, res-
» ponde el extrangero." Entonces se hiere Solón la cabeza, y hace y dice quanto es propio de una desesperacion. Táles lo pára, sonriéndose. "Este acciden-
» te que os agobia, le dixo, á
» pesar de toda la firmeza de

„ vuestra alma, es el que me
„ ha apartado de casarme y te-
„ ner hijos; pero consolaos, na-
„ da de lo que os han dicho es
„ cierto."

Es menester confesar, no obstante, que es locura y cobardía el rehusar un bien que debe desearse, por el temor de perderle. Por esta regla debian rehusarse la gloria, las riquezas, y hasta la sabiduría. No hay bien mas grande, ni mas agradable, que la virtud; y puede tambien perderse ella misma por enfermedades y brevages. Este Táles, que no se casó, no pudo, sin embargo, vivir sin miedo, á menos que no haya tenido amigos, parientes, ni patria. Nuestra alma se formó para amar, así como para sentir, para pensar,

y para acordarse. Si no tiene parientes á quien amar, ella se aficiona de objetos exteriores.

CLXXXVI.

Temístocles, joven todavía, se entregaba á los placeres de la mesa y del bello sexô; pero quando Miltiades, á la cabeza de los Atenienses, ganó á los Bárbaros la batalla de Maratón, no se le pudo ya echar en cara desorden alguno, y dixo á los que se admiraron de esta mudanza: "El „ troféo de Miltiades no me per„ mite ya el dormir, ni me de„ xa descanso alguno."

Dixo un dia al poéta Simónides, que le estrechaba á dar una sentencia poco conforme á justicia: "No se puede ser buen

„ poéta, si se hacen versos contra la medida; ni buen Magistrado, si se dan sentencias contra las leyes."

Entre dos amantes que aspiraban á la mano de su hija, prefirió el hombre honrado al rico. "Yo quiero mejor, dixo, un hombre sin dinero, que el dinero sin un hombre."

CLXXXVII.

Los Atenienses iban á pronunciar contra Arístides el destierro que llamaban Ostracismo. Un hombre del campo, que no sabía escribir, se acercó á él, y le presentó una concha, y le suplicó escribiera en ella el nombre de Arístides. "¿Tú le conoces? le preguntó el sabio. =

„ No; pero ya estoy fastidiado „ de oirle llamar siempre el jus- „ to.” Arístides, sin decir nada, tomó la concha, escribió en ella su nombre, y se la volvió.

CLXXXVIII.

Quando Periclés iba á mandar el exército, se decia al revestirse con el manto: “ Piensa „ bien, Periclés, que tú vas á „ mandar á hombres libres, á „ Griegos y Atenienses.”

CLXXXIX.

Foción fué sentenciado injustamente. Uno de los que debian morir con él, gemia. “¡Pues „ cómo! le dixo, ¡tú no tie- „ nes vanidad de morir con Fo- „ ción!”

Quando le traxeron la copa de cicuta, le preguntaron si queria decir algo á su hijo: "Que „yo le recomiendo, y le man„do, que no conserve resenti„miento alguno contra los Ate„nienses."

CXC.

Los Samnitas, despues de su derrota, fueron á ofrecer oro á Curio, y le hallaron ocupado en cocer navos en una holla. "No „hay necesidad de oro quando „se come así; mas quiero man„dar á los que tienen oro, que „tenerlo yo."

CXCI.

El antiguo Scipión daba á las letras todo el tiempo que le

dexaba el mando de los exércitos, y los negocios de la república; y decia, que jamás estaba mas ocupado, que quando no tenia nada que hacer.

CXCII.

Catón el antiguo decia, que mas queria á los jóvenes que se ponian colorados, que á los que se ponian pálidos.

Miraba como mal Comandante al hombre que no sabía mandarse á sí mismo.

Como veía erigir estatuas á un gran número de Romanos: "Yo quiero mas, decia, que
„ pregunten por qué no tiene
„ estatua Catón, que si preguntáran por qué se la han levan-
„ tado."

Decia, que el quitar sus debidos honores á la virtud, era quitar la virtud á la juventud.

CXCIII.

Durante la censura de Scipión el joven, un Soldado le manifestó un broquél bien adornado. " Mozo, vé ahí un hermoso broquél, le dixo Scipión; " pero el Romano debe mas bien " poner su esperanza en su mano derecha, que no en la izquierda."

CXCIV.

Celio Metélo deliberaba acerca del medio de atacar cierto Castillo fuerte. " No tienes que " hacer mas, sino sacrificar diez " hombres, le dixo un Centu-

„ rión , y la plaza es tuya. = „ Muy bien , le respondió Me„ télo ; ¿pero querrias tú ser uno „ de ellos?"

Un jóven tribuno-militar le preguntó un dia , qué contaba hacer : " Si yo creyera que mi „ túnica , le respondió , lo sabía, „ me la quitaría , y la arrojaría „ al fuego."

CXCV.

Pompeyo estaba malo , y su Médico le mandaba que comiese una Alondra. Buscáronla , y no pudieron hallarla , porque no era la estacion de ellas ; pero le dixeron , que podria encontrarse en casa de Lúculo , que las mantenia todo el año. " Luego , ¡ si „ Lúculo , dixo Pompeyo , no „ viviera en la molicie , Pompe-

„ yo no podría vivir!" Él despidió al Médico, y usó alimentos mas faciles de hallar.

CXCVI.

Cesar vió en Roma que algunos extrangeros llevaban en brazos, y acariciaban, Perritos y Monitos. "Sin duda, dixo, que „ en el país de esos hombres, no „ paren niños las mugeres."

FIN DEL TOMO UNDECIMO.

COLECCION
DE FILÓSOFOS MORALISTAS
ANTIGUOS.